

El artificio de la comunicación

por Antonio Ocaña Pasquau S.J.

LA COMUNICACION ES la base de cualquier cultura, su condición de posibilidad. Y la cultura es lo que hace que nuestra conciencia sea una conciencia humana. Por eso, el modo de comprender el fenómeno de la comunicación influye decisivamente en el modo de comprender la cultura y a nosotros mismos.

Las ciencias humanas, desde su nacimiento, han vivido fascinadas por el modelo de las ciencias 'duras', aquellas que, desde el presupuesto de que la realidad es matemática (es decir, cuantitativa y determinista), no reconocían ningún inconveniente en el método analítico. La realidad sería, según ese presupuesto, demasiado 'compleja' para que la experiencia común pueda dárnosla de una manera inteligible; por eso es necesario descomponerla en partes más sencillas. Esta descomposición no altera en nada aquello que queremos conocer, pues a partir de lo sencillo, mediante un proceso inverso al análisis, se puede volver a componer el objeto complejo; éste **no es más que la suma de sus partes.**

También la comunicación ha sido sometida a este proceso de análisis y, mediante él, se han iluminado ciertos procesos comunicativos. Pero la luz arrojada sobre ellos puede también cegar; en el caso de los fenómenos humanos, el presupuesto del análisis deja ciego para aquello que espontáneamente consideramos lo más distintivo de nosotros: la libertad, desde luego, pero también la identidad; pues ninguno de estos dos fenómenos es analizable.

El estudio que se presenta a continuación intenta contrastar dos alternativas. En primer lugar, la que ofrece la visión científica desde su método analítico; en segundo lugar, el intento difícil de comprender la comunicación

El autor

*Licenciado en Filosofía,
Psicología y Teología. Docente
de Antropología Filosófica,
Psicología de las Religiones y
Epistemología en la Universidad
Católica del Uruguay.*

desde aquello que, según Aristóteles,¹ constituye el fin del ser humano, su naturaleza: la socialidad humana; este punto de vista global sería el único que la hace comprensible.

El fracaso de la teoría analítica de la comunicación

La descomposición en elementos

No es posible, desde luego, entrar aquí en una exposición detallada de la 'teoría de la comunicación', con toda la complejidad con que las ciencias de la comunicación la desarrollan;² lo que se intenta a continuación es solamente captar la raíz de donde surge.

Para exponerla, comencemos con un ejemplo de la vida cotidiana: el envío de un telegrama. Si se quiere enviar un telegrama a un pariente para comunicarle, por ejemplo, el nacimiento de un hijo, el sujeto va a una oficina de telégrafos, toma un papel determinado y escribe en él, después de la dirección del destinatario, un texto; por ejemplo: "Nació Miguel. Rosa bien. Abrazos Juan". Con el papel escrito en la mano se dirige a un oficinista y se lo entrega. La oficina de telégrafos de Montevideo se encarga de emitir ese mensaje, de forma que se reciba adecuadamente en, pongamos por ejemplo, Lima.

¿En qué consiste el trabajo de emitir? En primer lugar, el **mensaje**, tal como está, escrito en un papel, no puede ser transmitido por este medio de comunicación concreto, el telégrafo; tiene entonces que ser **codificado** de otra forma; en este caso, en el código Morse. Así codificado, puede ser ya emitido por un **emisor** que envía al **medio**, el cable telegráfico, impulsos cortos, que representan los puntos, e impulsos largos, que representan las rayas. Así es transmitido por el cable telegráfico y es recibido en la estación receptora, en Lima. El **receptor** tiene que **decodificar** el texto, es decir volver a transformar los puntos y las rayas en letras latinas, de forma que se pueda escribir en un nuevo papel el mismo texto que fue entregado en la oficina de correos de Montevideo; ese será el mensaje que llegará al destinatario en Lima.

Al poner el telegrama se pretendía, desde luego, que el texto recibido fuera **exactamente igual** al escrito en Montevideo; de lo contrario, el resguardo recibido al poner el telegrama dará derecho a presentar una reclamación.

De ejemplos semejantes a éste, tan claro, se intenta sacar un esquema general, válido para cualquier transmisión de mensajes:

- existe un **mensaje**, el cual es **algo** (en el caso del telegrama, un texto escrito); es fundamentalmente un **referente**, que suele referirse a **otra realidad**, a la que llamaremos lo **referido**;³ sólo lo referente es lo que se puede transmitir;

- existe un sujeto, llamémoslo así por ahora, encargado de hacer que ese mensaje se transmita a otro sujeto; es el **emisor**;

- existe un **medio de comunicación**, un **canal**, mediante el cual se logra que el mensaje pase del sujeto emisor al que lo ha de recibir;

- este medio de comunicación impone un **código** determinado que sea compatible con el medio (el código Morse es compatible con el cable eléctrico); este código está integrado no sólo por componentes **semánticos**, sino también por componentes **sintácticos**; debe ser empleado por el emisor en su tarea de **codificación** del mensaje;

- existe un **receptor**, que recibe el mensaje del medio, y que tiene que **decodificarlo** utilizando el mismo código que, para codificarlo, utilizó el emisor.

La comunicación habrá sido perfecta si el mensaje recibido es idéntico al mensaje emitido; y para ello han de cumplirse, por lo menos, dos condiciones:

a) que los códigos utilizados por el emisor y por el receptor sean idénticos, y hayan sido correctamente empleados, sin errores; y

b) que en el medio, o canal, no se hayan introducido elementos ajenos a la transmisión pretendida; a estos elementos introducidos en el medio, y que el receptor no puede distinguir de los que proceden del emisor, se les llama **interferencias**, o **ruidos**.

Este análisis de los elementos de la comunicación, con sus distinciones tan claras, es el que llevó a Jakobson⁴ a ofrecer un intento de sistematización exhaustiva de las funciones de la comunicación. Estas vendrían dadas según donde esté puesto el énfasis del mensaje, y serían las siguientes: **función referencial** (énfasis en lo **referido**), **función poética** (énfasis en la relación estética entre las propias unidades del **mensaje codificado**), **función apelativa** (énfasis en el **receptor** del mensaje), **función emotiva** (énfasis puesto en proporcionar datos sobre el **emisor**), **función fática** (se pretende captar la atención del receptor hacia el **canal**), **función metalingüística** (el mensaje proporciona datos sobre el propio **código**).

Las correcciones

Este análisis resulta muy productivo a la hora de comprender y manejar ciertos medios de comunicación, sobre todo los más sencillos, como el telégrafo. Pero ¿se puede trasladar sin más a la comunicación interhumana?

Los mismos teóricos de la comunicación reconocen que esta manera de ver, en muchos casos, resulta demasiado simple. Por eso dicen que, para comprender otros aspectos más profundos de la comunicación, han de ser tenidos en cuenta ciertos elementos nuevos, como los siguientes:

- el **contexto** del mensaje, que, de alguna manera, forma parte del propio

texto;

- la **secuencia de la relación**, es decir, el proceso por el cual el inicialmente emisor pasa a ser receptor y viceversa; esta secuencia no sólo origina **nuevos mensajes** sino que, además, origina diversas actitudes en los sujetos;

- este último fenómeno, el de generar actitudes en los interlocutores, obliga a reconocer que, además de los mensajes explícitos, se transmiten **metamensajes** mediante un fenómeno subyacente, que muchas veces es más rico que la comunicación explícita y que influye en ella poderosamente, facilitándola o estorbándola;

- por último, la **no neutralidad de los medios** respecto a los mensajes; en efecto, los medios de comunicación, al imponer, como vimos, códigos compatibles con ellos, están condicionando los mensajes; los códigos no son inocentes respecto a los mensajes sino que influyen en ellos de tal manera que Marshall McLuhan pudo poner en circulación su provocativa frase, "*el medio es el mensaje*".

Lo notable de estos aspectos, que dicen añadirse (es decir, **sumarse**) a los elementos primitivos, es que, aunque se los siga llamando 'elementos', ya no tienen el carácter **analítico** que tenían los anteriores; es decir, no se intenta mejorar el esquema añadiéndole reales elementos nuevos, que puedan ser compuestos con los antiguos para ofrecer un modelo más adecuado. Lo que se hace es reconocer que los supuestos elementos de que se compone el esquema primitivo están interrelacionados; no se pueden distinguir adecuadamente; no son, por tanto, verdaderos elementos.

En efecto, decir que además del texto del mensaje hay que tener en cuenta su **contexto**, es reconocer que ese texto no es un elemento aislado, sino que recibe su significado en una unidad más amplia. Decir que hay que tener en cuenta la **secuencia de la relación** es reconocer que los diferentes mensajes en ambas direcciones no se suman simplemente, sino que forman parte de una unidad que es la situación de diálogo, y que esta unidad ha de entenderse previamente a cada uno de los mensajes. Asimismo, decir que junto a los mensajes se transmiten **metamensajes** es reconocer que mucho de lo que primitivamente se clasificó como **ruido**, forma parte del mensaje mismo; la conclusión que se saca, apelando a algún 'fenómeno subyacente' que termina siendo más rico que el de los propios mensajes, resulta expresamente contrario al "*hypotheses non fingo*" de Newton. Por último, decir que **los medios de comunicación** no son neutrales respecto a los mensajes, que **son de alguna manera el mensaje mismo**, es reconocer palmariamente el fracaso del modelo. Es decir, el modelo analítico del comienzo tenía el gran inconveniente de ser... analítico, es decir, de intentar comprender el fenómeno de la comunicación

mediante su descomposición en elementos aislables, comprensibles independientemente del conjunto y anteriores a él.

La raíz del fracaso

Para ilustrar el carácter global de la comunicación interhumana, raíz del fracaso de la teoría analítica, volvamos al punto de partida; allí se suponía que, al poner el telegrama, se pretendía que el texto recibido por el receptor de Lima fuera exactamente igual que la copia que conservamos del que se entregó al oficinista en Montevideo. Pero esto es sólo lo que se pretendía **de ese medio de comunicación**; ahora bien, ¿sólo es eso lo que pretendía el verdadero sujeto del acto de comunicación mismo? Supóngase que lo primero se ha logrado: el telegrama llegó a destino con su texto inalterado; ¿se tiene ya garantizado que la comunicación con el sujeto que recibe el telegrama en Lima ha sido perfecta?

El texto que ha sido mencionado es el de un telegrama real, enviado por un esposo, profundamente amante de su esposa, en el que comunicaba a unos familiares el nacimiento de su tercer hijo varón; estos familiares conocían el deseo de los esposos de tener una niña, y también la intención que había manifestado el esposo de llamarla como su esposa. Al recibir el telegrama sin los signos de puntuación, leyeron: "Nació Miguel-Rosa bien. Abrazos Juan", y comentaron: "¡Qué barbaridad! Está bien que quiera tanto a su esposa, pero... ¡Llamar al pobre niño Miguel-Rosa!". Hubo un malentendido.

¿A qué fue debido el malentendido? ¿Sólo a que se recibió el telegrama sin los signos de puntuación? Durante muchos siglos se escribió sin signos de puntuación y, sin embargo, la comunicación escrita funcionó suficientemente bien; por otra parte, al recibir un texto tan claro —aun sin los signos de puntuación—, cualquiera que no hubiera sabido que se estaba esperando el nacimiento de una Rosita, hubiera interpretado correctamente el texto.

En consecuencia, no es tanto la falta de signos de puntuación la que provocó el malentendido, cuanto el **conocimiento** que el destinatario tenía de la situación global. Así pues, estamos ante una paradoja; el **conocimiento del contexto**, que se presentaba como un elemento necesario para una buena comunicación, es precisamente ahora la causa del malentendido.

Para aclarar esta aparente paradoja, son procedentes dos tipos de preguntas: por una parte, ¿qué es lo que hubieran entendido bien quienes desconocieran la situación global?; por la otra, ¿qué es lo que han entendido bien los que la conocían y qué es lo que éstos han malentendido?

Los que desconocieran la situación global hubieran entendido bien simplemente el nombre del niño recién nacido, y esto dentro de la noticia de un parto normal, tenido por una mujer llamada Rosa, casada con un hombre

llamado Juan. Nada nuevo; un mero conjunto de frases hechas que sólo dicen puros **nombres**.

Quien pretendiera que éstos habían leído correctamente un mensaje del que los segundos habían hecho una lectura equivocada (pues confundieron el nombre del niño), utilizan la palabra 'mensaje' (y la correspondiente 'leer') en un sentido abstracto, vacío, que supone al padre queriendo sólo transmitir la noticia de un parto y el nombre del recién nacido.

Pero hay un sentido mucho más concreto de la palabra 'mensaje' que mira más a lo que **de hecho** quiso transmitir este padre, y en ese sentido concreto las cosas suceden de otra manera muy distinta: los primeros no han entendido prácticamente nada, pero los que 'malentendieron' el mensaje, éstos han entendido bien muchísimas cosas, y sólo por unos minutos han malentendido algo poco importante, el nombre que se le pensaba poner a la criatura.

En efecto ¿qué es lo que quiso transmitir el padre realmente? ¿Qué significa concretamente ese "Rosa bien"? ¿Solamente el hecho, repetido infinidad de veces, de que una madre sobrevive a un parto, quizás añadiéndole el dato de que la madre se llama Rosa? ¿Qué significa "nació Miguel"? ¿Solamente el hecho, repetido infinidad de veces, del nacimiento de un niño, añadiéndole quizás el dato de que se llama Miguel? De ninguna manera; lo que ocurrió y quiere ser transmitido es algo **único**, incomparable con ningún otro caso; algo que **cambia la vida del sujeto** que transmite. El verdadero emisor ya nunca volverá a ser el mismo desde que tiene ese mensaje, porque para siempre será ya 'el padre de Miguel'; y ya no será nunca 'el padre de Rosita'; y sigue siendo 'el esposo de Rosa' (con todo el miedo que daba pensar otra posibilidad).

Todo esto, forzosamente desconocido por cualesquiera otros posibles receptores del texto del telegrama, es captado por los familiares que participan de la situación, y precisamente por participar de ella. En este contexto de participación, el "abrazos Juan" final significa una **invitación a unirse** a todos estos cambios, a formar un todo con el nuevo Juan, a hacer que se pongan en contacto dos cuerpos para expresar una unión más profunda.

Llegamos así a la única conclusión razonable, la que deshace la aparente paradoja con que se había comenzado: ahora ya resulta manifiesto que los familiares conocedores del contexto son los únicos que pueden entender el mensaje.

Los códigos y los ruidos

Antes de reflexionar sobre la solución de la paradoja anterior, véase algo que ocurre con los códigos y los ruidos y que añade alguna otra dificultad a la

teoría analítica de la comunicación; en efecto, según la teoría de la comunicación tienen que darse al menos dos condiciones para que ésta sea perfecta: los códigos que manejan el emisor y el receptor deben ser idénticos y, por otra parte, deben evitarse al máximo las interferencias o ruidos.

Para la comunicación entre aparatos no cabe la más mínima duda de que esto debe ser así; pero ¿qué pasa con la comunicación humana? ¿Pueden ser idénticos los códigos lingüísticos que manejan dos personas diferentes? ¿Estorban de verdad los ruidos en la comunicación?

A la pregunta sobre los códigos ha de responderse con un no radical; no es sólo que cuando queremos expresar vivencias profundas acudimos a metáforas, cuya estructura no admite codificación; ni siquiera es sólo que el significado con el que se enlazan las palabras 'profundas' (como amistad, melancolía, deseo o ilusiones) puede ser considerado el fruto de unas experiencias que son distintas para cada persona (y que, además, de alguna manera definen a ésta en su singularidad empírica); es que incluso los significados que nos parecen más 'objetivos', como los vinculados a la percepción, no hay ninguna manera de compararlos entre sí. En efecto, cuando se emplea la palabra 'verde', por ejemplo, creemos estar refiriéndonos a una cualidad objetiva de un árbol, visto por los dos sujetos; pero, en realidad, nos estamos refiriendo solamente a las sensaciones que existen en una y otra conciencia, las cuales **suponemos** que son iguales y producidas por el mismo objeto. Pero esto es sólo una suposición; el verdadero **referido** es realmente doble: son **dos** sensaciones incomparables, cuyo parecido o distinción no puede ser dilucidado por ningún indicio.

A la pregunta sobre si estorban los ruidos en la comunicación humana ha de confesarse que las mejores comunicaciones suelen ser muy 'ruidosas'. Cualquier mensaje de cierta entidad va acompañado de muy variables y equívocos tonos de voz, movimientos de manos, etc. Si se considerara al cuerpo como un mero **medio** de comunicación de la conciencia, adecuadamente distinto de ella, habría que acusarlo, desde luego, de estar interfiriendo una y otra vez en nuestros mensajes, llamando la atención hacia sí mismo, revelando lo que no queremos revelar, diciendo lo que no queremos decir, y eso siempre, además, sin códigos determinados convencionalmente. Sin embargo, de **hecho**, la mayoría de las veces tales 'ruidos' nos resultan imprescindibles para una buena comunicación.

Lo objetivo y lo subjetivo

¿Qué es lo que ha sido hecho para solucionar la paradoja que se presentaba más arriba? Hubo que traspasar una frontera, cuya excepcional

importancia es preciso subrayar.

En el primer momento, permaneciendo en un campo objetivo, se prescindía del verdadero emisor y, permitase el juego de palabras, se hablaba sólo de la 'emisora' (la máquina). Y esto ocurría porque el deseo de objetividad impide ver algo que es esencial: el sujeto que comienza el proceso no es la máquina emisora, ni tampoco el oficinista que la maneja, sino una persona que quiere comunicar un mensaje; y quien recibe el mensaje también es distinto de la máquina receptora y del oficinista que la maneja.

Como parte del proceso objetivo, los diversos oficinistas se considerarán satisfechos si han logrado colocar en el lugar de destino un papel escrito con los mismos rasgos que el presentado en la oficina montevideana; nadie podrá solicitar ninguna reclamación. El resultado de ese proceso es una **cosa** (el texto escrito), no una comprensión de un mensaje; y los ejecutores del proceso han actuado como **cosas**, han realizado una tarea que bien podría haber hecho una cinta transportadora.

Únicamente desde esta perspectiva objetivista tienen cabida afirmaciones como ésta: *"el problema de la significación queda al margen de la comunicación en sentido estricto"*.⁵

En el segundo momento, al traspasar la frontera entre los dos campos, el objetivo y el subjetivo, se ve ya que la finalidad del proceso de comunicación es una **lectura** de ese texto por un sujeto. Pero todavía, en ese momento, podemos pensar en una **lectura objetiva**; en ella, cada uno de los elementos del texto está bien definido, y lo están independientemente unos de otros; el sentido global se alcanza en una especie de suma de los sentidos parciales. Para esta lectura sí podrían ser mejores unos sujetos casi abstractos, desconocedores de las situaciones.

Sólo en un tercer momento, cuando se pasa a considerar a los dos **sujetos concretos** que se comunican, se está alterando profundamente el esquema inicial, el que suponía que el proceso comenzaba con una **cosa**, el primer papel escrito, y terminaba con otra, el segundo papel. Ahora el proceso comienza con una **intención** y concluye con una **comprensión**; y ambos términos se refieren a algo subjetivo, algo completamente diferente de cualquier cosa que pueda darse en las máquinas; y son algo inanalizable, porque tanto la intención como la comprensión, una vez realizadas, cambian al mismo sujeto que las realiza.

La diferencia fundamental estriba en que la comunicación humana es una unidad en la que no pueden distinguirse adecuadamente emisor y mensaje, pues éste lo transforma; ni emisor y código, pues éste lo constituye; ni emisor y medio, pues éste es su propio cuerpo; ni emisor y receptor, pues la relación entre ambos forma parte de su constitución como personas. Emisor, mensaje, código, canal

y receptor son aspectos distintos, pero no del todo; no pueden separarse completamente porque, aislados, no pueden siquiera ser concebidos.

Conclusión

Al terminar esta primera ronda, dedicada al fracaso de la teoría de la comunicación en su aplicabilidad al lenguaje humano, hay que subrayar dos conclusiones.

En primer lugar, existe una **distinción** casi absoluta entre el **proceso subjetivo** y el **proceso objetivo**. La teoría básica que circula en las ciencias de la comunicación da cuenta de este segundo tipo de procesos, los que se realizan **dentro de** los medios de comunicación de masas, pero no es válida para la comunicación interhumana, porque el cuerpo no tiene la misma estructura que un medio de comunicación.⁶

En segundo lugar, la distinción entre los dos procesos nos lleva a reconocer que en el proceso subjetivo se da una profunda **imbricación** entre todos los factores, lo que no nos permite aplicar el método analítico propio de las ciencias; por eso, el camino hacia la comprensión del lenguaje humano, y la consiguiente comprensión de la esencia de nuestro ser culturales y corpóreos, tomará otra ruta; no es el análisis, sino la reflexión sobre la globalidad del discurso, lo que permitirá comprender el fenómeno de la comunicación.

Por eso es necesario replantear la pregunta sobre la comunicación humana en otro nivel. Y lo primero de todo será preguntarse por la misma pregunta.

¿Cuál es la pregunta fundamental sobre la comunicación? ¿Es suficiente preguntarse por los **medios** que utiliza, dando por supuesto que estos medios se pueden distinguir adecuadamente de los sujetos que se comunican? ¿Cómo abordar la cuestión si resulta que estos medios construyen un mundo y nos construyen incluso a nosotros mismos en la interrelación? "*El medio es el mensaje*", decía ya McLuhan, pero ¿no hay que ir más lejos y decir que los medios nos hacen a nosotros mismos?

La segunda parte de este trabajo intenta dilucidar cuál es la cuestión nodular; para ello vamos a hacer un recorrido por el territorio de los sedicentes 'códigos' de la comunicación. Se repasará el camino que ha traído a las diversas construcciones, la escalera por la que se ha subido a cada una de ellas. Sólo después se podrá avizorar cómo podemos seguir nuestro ascenso o, quizás, volver a descender. En los diversos pasos que van a darse, se adelantarán muchas afirmaciones que pueden parecer gratuitas, por no haber espacio material para desarrollarlas. Sirvan, sin embargo, como indicadores de una posible futura discusión.

Los caminos hacia el artificio

El punto de partida natural: el mundo de las señales

Usando una terminología no admitida universalmente,⁷ llamaremos **señal** a aquella unidad semántica en que tanto el referente como el referido son dos elementos **naturales**, de los cuales uno se refiere al otro de una forma también **natural**, es decir, conforme a leyes que pueden ser consideradas como leyes de la naturaleza.

El ejemplo típico es el humo como señal de fuego; donde hay humo, hay fuego. El humo y el fuego son dos elementos naturales y la relación entre ellos viene dada por esa necesidad que llamamos naturaleza; a nosotros nos toca solamente reconocerla, de ninguna manera crearla.

Lo concreto y lo general en la naturaleza

De entrada hay que insistir en un punto; los dos extremos de la señal son objetos naturales y, de alguna forma, **concretos**. Tal humo concreto señala a tal fuego concreto. No impide esto que exista en la señal una cierta generalidad (el humo señala al fuego); pero, como todo en ella, esta generalidad está basada en la naturaleza; es decir, se basa en esa **necesidad** con que la naturaleza vincula los hechos concretos; la generalidad así basada no es una generalidad pretendida, construida por el sujeto que señala, sino por la naturaleza. El acto de señalar se refiere de hecho cada vez a algo concreto, porque su generalidad es como externa al sujeto, pertenece a la naturaleza; hay que subrayar, sin embargo, que esta característica de vincular de una manera general cosas concretas es la que hace posible establecer un **código** de señales.

Reflejos innatos y condicionados

Las señales forman parte del mundo más amplio de los reflejos. En todos ellos, un estímulo concreto da origen de una manera natural a una respuesta concreta; las señales, en cuanto pertenecientes al mundo de la comunicación, son sólo aquellos reflejos en los que el estímulo es la conducta de otro animal. Y, al igual que el resto de los reflejos, pueden ser **innatas**, es decir, conexiones no condicionadas entre el estímulo y la respuesta, o **aprendidas**, es decir, condicionadas.

Las innatas son conexiones específicas, e interrelacionan a los animales de una misma especie o de especies emparentadas. En efecto, cada especie

animal nace con un cierto código de señales, propio de ella, que permite y provoca una serie de interrelaciones entre los individuos de esa misma especie; de esta forma, cuando cualquier individuo percibe determinado comportamiento de un semejante, reacciona como si hubiera percibido **otra cosa** (un peligro, por ejemplo, o un objeto sexual). Estos comportamientos que señalan a otra cosa son a veces ciertas posturas corporales, pero suele ser en los sonidos y en los olores, en cuanto estímulos que actúan a distancia, donde la naturaleza encuentra la base para posibilitar una infinidad de 'comunicaciones'.

Otro tipo de señales son las aprendidas, que, aunque tienen siempre una base innata, van más allá de ella. Se forman a partir de las experiencias de interrelación entre individuos, ya sean de la misma o distintas especies, y forman un conjunto nuevo. Es importante subrayar que el aprendizaje de señales se realiza **conforme a leyes naturales** y, por lo tanto, la vinculación entre referente y referido puede seguir siendo considerada como natural.

Estas señales aprendidas no son ya específicas, es decir, propias de todos los individuos de la misma especie; únicamente aquellos que han sido sometidos a un cierto proceso de aprendizaje reaccionan así ante determinados estímulos.

Probablemente la teoría del aprendizaje conductista se aproxima bastante a lo que es en realidad el aprendizaje animal, guiado por el ensayo-error y por los refuerzos positivos en que consisten los éxitos. Hay dos tipos paradigmáticos de aprendizaje; en el primero de ellos, el aprendizaje 'clásico', se asocian dos estímulos entre sí, 'contagiándose' de alguna manera la respuesta (el caso del perro de Pavlov); en el segundo, el llamado condicionamiento 'operante' o 'instrumental', se asocian las respuestas, con lo que el estímulo llega a provocar una respuesta distinta de aquella que está unida a él innatamente (el caso de las ratas que, movidas por el hambre, aprenden a solucionar laberintos).

Las señales humanas

¿Posee el ser humano señales innatas? Desde luego que sí; pero del mismo modo que se afirma generalmente que nacemos poco dotados de instintos, nacemos también poco dotados de reflejos, de los cuales los instintos son sólo una parte y las señales otra. Hay pocas señales innatas que en el ser humano puedan ser identificadas con claridad, de las cuales las más importantes son las siguientes: la estructura general de los rostros sonriente y triste (tan fáciles de dibujar), los tonos de voz afectuoso y de enojo, y algún elemento de la pareja caricia-golpe. Habría que añadir aún, con toda probabilidad, la tendencia del ser humano a mirar en la dirección en la que señala (empleando ahora este término en el sentido preciso que hemos definido) la mirada del otro

y a orientar la cabeza en la dirección de la que proviene la voz del otro, así como la tendencia al acercamiento ante ciertos estímulos sexuales.

La mayoría de estos casos, por el carácter reflejo de nuestra conciencia, tienen una estructura duplicada. Por una parte son comportamientos humanos, que provocan innatamente en nosotros ciertos sentimientos (la cara sonriente nos provoca bienestar, la mirada del otro en una dirección llama nuestra atención hacia lo que mira); pero, además, los sentimientos provocados en nosotros se expresan enseguida en comportamientos parecidos a los que nos provocaron esos sentimientos (el bienestar nos hace sonreír, la atención nos hace mirar en determinada dirección); suponemos además, con razón, que en el origen del comportamiento del otro hay un sentimiento parecido al que se produjo en nosotros. De esta forma suponemos que es el sentimiento del otro el que provocó en nosotros un sentimiento parecido. Así, por medio de las señales, apreciamos una comunicación indirecta, mediada, de sentimientos.

Ahora bien, ¿no bastan estos conceptos de señales innatas y aprendidas para comprender todo el fenómeno de la comunicación humana?

Una amplia corriente de pensamiento, representada por el conductismo radical, responderá que sí, sin dudarlo. Sospechan de cualquier intento de diferenciación cualitativa entre el comportamiento animal y el humano, y les parece que éste no es más que una manera más complicada de aprendizaje natural a partir de señales.

Otra corriente de pensamiento, que no rechaza de antemano la posibilidad de que la comunicación humana sea cualitativamente distinta de la animal, estará más abierta a la experiencia común que nos presenta al lenguaje como una **convención**, como algo, por lo tanto, que sólo puede ser comprendido como 'artificial'.

No es posible abordar ahora esta discusión; añadamos solamente que el ser humano aprende también, pero que lo que aprende no puede ser entendido como una mera señal, porque en ese aprendizaje se introduce desde el principio la intención; y esto se hace por medio de un elemento peculiar, la palabra. La palabra, aunque es un comportamiento externo de los individuos de una especie animal determinada, va a llevar a estos individuos más allá del mundo de las señales.

Antes de salir de ese mundo conviene subrayar que el conductismo radical y la teoría de la comunicación que ha sido expuesta en primer lugar, tienen algún punto en común. El más importante es el presupuesto analítico; él les permite esperar que **nada se destruya** descomponiendo la realidad en elementos; la recomposición restablece el estado originario, pues el compuesto (la conducta aprendida, en el caso del conductismo) **no es más que una suma** de elementos (es decir, de condicionamientos). Existe, sin embargo, una

diferencia entre ambas corrientes de pensamiento; para el conductismo no existe un sujeto real pues, si llama sujeto a algo, esto es concebido de entrada como una cosa, una cosa más en un mundo objetivo; por eso los códigos no están construidos socialmente, sino naturalmente; no se reconoce a la palabra como algo nuevo, todo es señal; y, por tanto, tampoco existe la posibilidad de distinguir entre conciencia animal (puramente directa) y conciencia humana (refleja).⁸ La teoría de la comunicación, en cambio, no excluye necesariamente la noción de sujeto, pues los códigos pueden ser entendidos como una convención de la que participan los sujetos que se comunican.

Aparece el artificio: el mundo de los deícticos

Hay un cierto tipo de palabras, las primeras que suelen aprenderse al adentrarse en un idioma nuevo, que originalmente pueden parecer meras señales; son aquellas palabras que, como los pronombres personales, los adjetivos y pronombres posesivos, y los pronombres, adjetivos y adverbios demostrativos, no tienen sentido independientemente del contexto en que se habla; a propuesta de Schwyzer y Debrunner se les suele llamar **deícticos** (del griego *deiktikós*, derivado de *deiksis*, que significa 'indicación').

Estas palabras se parecen a las señales en que intentan referirse directamente a cosas concretas; un tipo de referencia que llamaremos **designación**. Los deícticos intentan vincular un referente concreto (el conjunto de sonidos que forman la palabra *éste*, por ejemplo) a un referido concreto.

El referente de los deícticos

¿Se emparenta el referente de los deícticos con el referente de las señales? Este referente, al menos en la actualidad, suele ser algo muy esquematizado, pero se puede pensar que ello ha ocurrido por contagio de la esquematización que va a suponer la formación de significantes, de la que se hablará más tarde. De hecho, el lenguaje imperativo, donde las palabras como 'aquí-allí', 'ahora-después', 'esto-eso' o 'yo-tú' están siempre presentes (aunque más o menos escondidas), todavía hoy va acompañado de tonos de voz muy variados, que pueden parecerse a rugidos, risas o llantos, y que podrían compararse con el estímulo originario al que se asocian los nuevos estímulos en el condicionamiento clásico.

Las diferencias más importantes de los deícticos respecto a las señales se presentan en los otros dos extremos: no logran referirse a nada por sí solos y, además, lo hacen en un proceso que exige una convención previa.

El referido de los deícticos

Los deícticos no logran por sí solos eso que intentan; cuando, al dejar de leer un libro, ponemos un **indicador** en la página en la que suspendimos la lectura, puede parecernos que el indicador nos dice dónde tenemos que recomenzarla; pero, en realidad, por sí mismo no nos dice nada; sólo nos dice algo cuando está **puesto en un lugar determinado**: nos indica la página en la que está. De igual forma, cuando decimos 'yo', o 'eso', o 'mañana', o 'aquí', las meras palabras no tienen sentido más que cuando son consideradas dentro de la situación de habla, dichas por tal persona, en tal momento y en tal lugar.

La mayor parte de ellos, como los pronombres y adjetivos demostrativos (éste, este libro), o los pronombres personales de tercera persona (él, ellos, ellas), para adquirir sentido necesitan ser acompañados explícitamente de algo muy parecido a una señal; en los otros casos se da implícitamente. La frase 'esto que está aquí y que es de él, a mi parecer, es más eso que aquello otro' no dice absolutamente nada; para que se refiera a algo, debe ir acompañada de un conjunto de gestos que se parecen demasiado a las señales.

Además de los deícticos que forman palabras separadas, existen muchos **afijos**⁹ que tienen función deíctica; los afijos con función deíctica se diferencian de los deícticos solamente en que, en tal idioma, no son palabras separadas, sino que se adhieren a otro elemento (el radical) para formar una sola palabra con él. Pero tampoco designan por sí mismos nada concreto, y también llevan implícita una señal.

Para designar algo, es decir, para referirse a algo concreto, el idioma se vale de otras dos estrategias; una son los **nombres propios** (un significante para cada ser designado: Sol, Amazonas, Everest, Tula o Eulalia); otra son las **descripciones definidas** (en terminología de Bertrand Russel), en las que se intenta llegar a lo concreto mediante la ampliación de la comprensión.

Las descripciones definidas no tienen nada que ver con los deícticos, y se estudiarán en otro lugar, vinculadas a los retratos. Pero los nombres propios sí pueden ser entendidos como vinculados a los deícticos.

Respecto a los nombres propios, los hay de personas (Ana, Tabaré), de animales (King Kong, Rocinante) y de cosas (Luna, Paraná, Aconcagua, Montevideo); la función común a todos ellos es la de sustituir al pronombre personal de tercera persona (él, ella, ello); en lugar de tener que decir, señalando, "él es más grande que ella", decimos que "el Sol es más grande que la Luna". El nombre propio logra designar obviando a la señal; parece ser como un deíctico que ha logrado la independencia.

Ahora bien, ¿logra la independencia o, como dice Freud que le ocurre al superyó con la figura paterna, sólo ha interiorizado la señal y se ha olvidado del

proceso que le dio origen? Aprendimos a decir 'Aconcagua' señalando una y otra vez un punto en el mapa de América; más tarde ya no fue necesario hacerlo, pero debemos estar dispuestos a repetirlo siempre que se nos pida: el Aconcagua es éste que está aquí, y no en otro sitio.

Los nombres propios de personas tienen además una función que no comparten con los de animales o cosas: sirven como 'vocativos'. Con los nombres propios llamamos a las personas que se identifican con ellos, y ellas responden. Son entonces como concreciones de ciertas interjecciones, aunque con capacidad identificatoria; por eso llamamos diciendo: "¡eh! ¡Ana!".

Vemos entonces que los deícticos no logran referirse por sí mismos a las cosas; de manera aparentemente paradójica, sin embargo, su referido puede ser definido con precisión ('yo' se refiere al sujeto que habla; 'esto' se refiere a una cosa cercana al que habla, etc.) y, por tanto, puede establecerse fácilmente un código unívoco; pero esta precisión depende de las señales que lo acompañan. Por eso el que usa deícticos tiene que estar visible al oyente y, así, los pronombres y adjetivos demostrativos no pueden ser usados en una conversación telefónica, por ejemplo, o en una carta.

Una referencia convenida

El tener un referido vacío es su primera diferencia, y su desventaja, respecto a las señales. La segunda diferencia con ellas es mucho más importante, y es su ventaja. Los deícticos son componentes nuevos, no naturales, de algo que puede seguirse llamando código, pero que, al revés que el código de señales, es ya algo 'artificial'; en efecto, este 'código' ya no consiste en esos elementos que el individuo tiene inscritos en el programa genético de su especie, ni en aquellos que, según ese mismo programa, puede aprender 'naturalmente'; es algo construido socialmente y, por lo tanto, infinitamente variable. Hemos entrado en el terreno de la convención, del artificio, de los **signos**; en el terreno de la libertad de la cultura respecto a la naturaleza, en el terreno de la conciencia refleja.

Estas dos diferencias están relacionadas entre sí, pues el carácter de libertad en la conexión entre referente y referido es el que no permite a los deícticos referirse a algo natural de una forma independiente de la señal; la libertad se logra en el deíctico mediante el vaciamiento del contenido.

Ha comenzado la creación del artificio humanizante, pero hay que pagar un precio: el referido natural ha comenzado a difuminarse; la convención en el código supone una variación tanto en el sujeto (que adquiere libertad) como en el referido (que comienza a desvanecerse).

La percepción de los gestos

Acaba de subrayarse que los deícticos logran designar de hecho sólo mediante su vinculación con las señales; pero estas señales adquieren en el hombre un nuevo rango: pasan a ser gestos. Ahora bien, ¿es el mundo de los gestos una simple región del mundo de las señales? Para responder esta pregunta hay que comprender previamente algo relacionado con la percepción.

Percepción y sensación

Al hablar de percepción, considérese primero la tradicional distinción entre sensaciones y percepción.

Las sensaciones son múltiples y varían constantemente; nada mantiene el mismo color cuando varía la iluminación y nada lo vemos de la misma forma cuando cambiamos de lugar; un ligero movimiento de la cabeza origina una revolución en las sensaciones.

Lo percibido, en cambio, permanece, a pesar de la diversidad de la iluminación y la multiplicidad de los puntos de vista. A esta permanencia, a esta insignificancia de las diferencias, contribuye nuestro propio órgano visual, con sus umbrales diferenciales y, sobre todo, con su adaptación a las diversas iluminaciones, su neutralización de los filtros de color, etc.; contribuye también a ello nuestro cerebro, regido por algo así como la ley de 'pregnancia de la forma', mediante la que tiende a la esquematización y la idealización; pero estas dos contribuciones solas, si explican la permanencia que tiene lo percibido, no pueden entonces explicar las distinciones. Las cosas percibidas (la mesa, el perro, el amigo) poseen una unidad, que es al mismo tiempo permanencia y distinción, y esta unidad no puede venir de la sensación.

El examen de las diversas culturas ha hecho caer en la cuenta de que en ellas, aunque se parta de las mismas sensaciones, se perciben cosas distintas. Hay pueblos esquimales que, viendo el verde como un mero matiz del azul (es decir, **no percibiendo** el verde), perciben en cambio varios colores diferentes donde nosotros sólo percibimos el blanco; nosotros distinguimos claramente la nieve del granizo y, luego, más confusamente, percibimos fenómenos distintos como 'aguanieve', copos grandes y chicos, etc.; pero hay pueblos que agrupan esos fenómenos de otra manera, y también hay pueblos que agrupan a los animales en especies de manera muy diferente de la nuestra: todo indica que **perciben** unidades significativas distintas.

Percibimos lo que nombramos, llegan a decirnos los posmodernos; sin las clasificaciones de que nos abastece el idioma no percibiríamos las diferencias ni las identidades. Por otra parte, ya Freud postulaba que la diferencia entre

consciente e inconsciente estriba en su vinculación con la palabra; percibimos, pero sólo inconscientemente,¹⁰ las identidades y diferencias que no sabemos nombrar.¹¹

Si la percepción externa depende de la palabra, esta dependencia se agiganta, desde luego, cuando pasamos al mundo de las percepciones internas (estados de ánimo, emociones, etc.); parece como si cada cultura percibiera rasgos internos distintos, incluso inconmensurables con los que percibe la otra. Sin ir muy lejos, la *saudade* brasileña y portuguesa resulta ya inasequible para sus vecinos.

Los gestos

Pues bien, los gestos de nuestro cuerpo son los referentes de estas actitudes, emociones, sentimientos internos, tan variables de una cultura a la otra. ¿En qué se parecen a las señales y cómo se diferencian de ellas?

En primer lugar, los gestos emplean un referente que es algo así como una ampliación del referente de las señales; es decir, estímulos asociados a la cara sonriente o triste, al tono de voz agradable o desagradable, a las incitaciones sexuales, etc. A partir de estos referentes se da un cierto proceso de esquematización, que todavía no ha avanzado demasiado;¹² por el extremo contrario, hay gestos que nos identifican, que nos son propios. Se podría conceder, sin embargo, que el referente de los gestos es casi de la misma naturaleza que el de las señales.

En segundo lugar, y vinculado con lo anterior, parece como si se recuperase el vínculo 'natural' entre el referente y el referido; los gestos (visajes, tonos de voz, etc.) no necesitan entrar en un diccionario de convenciones. Con los gestos, entonces, ¿seguimos estando en el mundo de las señales?

Hay, sin embargo, un tercer punto en el que la cosa ha variado sustancialmente; es el referido de los gestos. En las señales el referido es algo natural, concreto; con los deícticos teníamos un referido también natural, aunque éste se desvaneciera y, para permanecer, tuviera que agarrarse de lo señalado; ahora, con los gestos, aparece un referido nada 'natural', sino construido socialmente: nuestras percepciones internas. Y, a diferencia de lo que ocurre con el referido de los deícticos, en este referido la conciencia refleja alcanza una gran solidez. Es la solidez que permite a los posmodernos proclamar la artificiosidad de todo.

Quedan todavía algunos puntos particulares. Cuando siento rabia, por ejemplo, y la expreso a otro con gestos, mi rabia adquiere en mi conciencia una entidad mucho más firme y clara. Y esta firmeza y claridad, además, incita a las definiciones: ¿Qué es 'rabia'? Rabia es una reacción de tales características que

se da en nuestra cultura ante ciertas frustraciones. Pero ¿qué es frustración?

Así pues, los deícticos son convenciones (palabras) que llaman a las señales, pero los gestos son como señales que se refieren a algo construido, y llaman a las definiciones (que son convenciones); estamos entrando en otro mundo más amplio, el mundo de la palabra clasificadora.

El mundo de las clasificaciones

Al hablar de 'palabra clasificadora', como se acaba de hacer, el punto de referencia no son los deícticos, esos signos (por ser convencionales pueden llamarse así) que sólo designan, ni son siquiera los nombres propios, que identifican pero no establecen diferencias ni clases; ni tampoco permanecemos en el mundo de los gestos, que llama a las definiciones pero todavía no las hace posibles. Se está hablando de esas palabras que permiten clasificar las cosas, percibir las como formando parte de una clase de cosas.

Respetando cierto uso de la palabra 'signo', que la adjudica a toda aquella referencia que se establece de forma convencional (y que incluye, por tanto, también a los deícticos), se llamará **signo denominativo** a aquella unidad semántica en la que, además de establecerse de forma convencional una relación inmediata entre significante y significado (como ya ocurría en los deícticos), el significado mismo es una construcción social, es una **clase de cosas**, no es algo natural.

Los signos denominativos, así pues, recogen un doble movimiento de construcción, tanto el propio de los deícticos (la referencia es convencional), como el propio de los gestos (el referido es construido socialmente). Además, los signos denominativos amplían el mundo de significados que se había detectado en los gestos y, como se verá, lo amplían enormemente, en todas las direcciones posibles; lo notable es que pueden hacerlo con precisión porque, a diferencia de los gestos, parten de una expresa convención en el modo de referencia.

Cuando se establece o se acepta un signo, **se conviene** con otras personas la vinculación entre dos entidades; una de ellas, que es el **significante**, va a significar a la otra, el **significado**.

La convención

Se conviene, pues, y con esta convención cada uno se abre a los demás como seres de cultura, la cual ofrece todo un mundo nuevo, el mundo de las clasificaciones.

Es importante distinguir el modo inicial de convenir, y los modos sucesivos.

Inicialmente, el infante llega a convenir en el lenguaje mediante un proceso que **lo construye** como una persona que habla, haciéndolo tomar conciencia de su distinción respecto a los demás y respecto a ese mundo del que se habla (y que es mundo porque no tiene acceso a la palabra).

Más tarde, el sujeto que habla toma la iniciativa de **interesarse** por el nombre de diferentes 'personas' o 'cosas'; simultáneamente pasa a comprender que el lenguaje se refiere a clases de cosas; hay, por tanto, clases de cosas, y estas clases pueden ser nombradas: está así ampliando su mundo mientras acepta la convención de los otros.

Todavía puede ocurrir que pretenda usar la libertad adquirida, variando una convención establecida, o añadiéndole algún elemento nuevo, o, incluso, creando un sistema nuevo. Lo primero ocurre tanto cuando se usa una palabra con un significado distinto del que tiene convencionalmente, como cuando se cambia el significante; lo segundo, cuando se inventan palabras nuevas ante 'realidades' nuevas; lo tercero supone la invención entera de un 'lenguaje'.

Puede ocurrir también que, ya construido mediante un sistema de signos, el sujeto se ponga en contacto con un mundo de convenciones totalmente ajeno; esto puede ocurrir porque hay muchos mundos posibles en el campo de las significaciones y cada uno de nosotros conviene con los suyos en uno solo de estos mundos, resultándole los otros anchos y ajenos.

Si algún occidental viaja a China, por ejemplo, acompañado por su perro, éste apenas sentirá como ajeno el mundo incomprensible con el que su amo se enfrenta; no tendrá ninguna dificultad de 'comunicación' con los canes chinos ni tampoco con sus dueños; respecto a los primeros, cuenta con el código de señales propio de su especie, y lo que los segundos puedan querer enseñarle tampoco le parecerá un mundo más desbordante que aquel con el que se enfrentó en su aprendizaje anterior.

El humano, en cambio, tendrá enorme dificultad de comunicación con los chinos, no sólo porque sus convenciones le resultarán desconocidas, sino también porque se extiende por regiones ajenas;¹³ por eso necesitará **apelar** al más estrecho mundo de los gestos, surgido del primitivo mundo común de las señales específicas de los humanos. No apelará al mero mundo de las señales, porque ya no puede regresar a él; ya no le queda ninguna señal pura, desde el momento en que tanto su conciencia como la del otro es una conciencia refleja. Pero, además, no puede conformarse con quedarse en el mundo de los gestos; desde ahí intentará comprender algunas de las convenciones que los chinos tienen establecidas o, si no, pretenderá hacerle comprender a alguno de ellos los pactos propios más elementales: 'yo-yo', 'tú-tú', repetirá mientras se señala a sí mismo y al interlocutor. Habrá comenzado a enseñar su idioma (y con él su mundo) o a aprender el ajeno, en un proceso que sólo puede ser comprendido

como convención, de ninguna manera como mero condicionamiento.

Esto demuestra que el mundo de las señales, aunque, por ser específico, abastece del punto de partida necesario desde el que se salta a las convenciones, y aunque permanece vinculado al mundo de los deícticos, no nos es ya propio. Por otra parte, el mundo de los gestos nos resulta inhabitable por lo estrecho, y por eso, desde él se busca enseguida un mundo más adecuado a nuestras dimensiones; nos ponemos a recorrer con el otro el largo camino de la convención.

Los mundos producidos a partir de la convención son mucho más amplios; y esto puede ser así porque son artificiales, no naturales; a este carácter de artificiales se debe también el hecho de que sean inevitablemente plurales.

Los significantes

Los significantes pertenecen al mundo exterior; la mayor parte de ellos se basan en esa serie de sonidos tan variados que podemos emitir gracias a nuestro aparato fónico y que podemos percibir mediante el complicado aparato del oído;¹⁴ han sido sometidos a un notable proceso de esquematización, que permite diferenciar muchos elementos; a cada uno de estos elementos fónicos 'diferentes',¹⁵ se les llama **fonemas**.

El ser humano, normalmente cuando se ve incapacitado para utilizar los significantes fónicos (porque es sordomudo, por ejemplo, pero también porque está muy alejado del oyente, o por otros motivos), utiliza también significantes visuales. Por último, cuando la persona con la que se estableciera la comunicación no sólo fuera sordomuda sino también ciega, habría que construir un código de signos a partir de significantes táctiles; ésta es la proeza que logró Ana Sullivan con Hellen Keller.

Ahora bien, aunque hasta este momento se ha hablado solamente de los elementos materiales de los significantes, éstos son tales no principalmente por esos elementos materiales sino, por encima de todo, debido a que significan algo; de otro modo serían **insignificantes**. No puede ser entendido el carácter de significante sino en su relación con el significado; y esto, debido a la imposibilidad de tratar 'científicamente' a los significados, es lo que olvida una buena parte de los teóricos del lenguaje.

Los significados

Si usamos la palabra signo para toda referencia establecida convencionalmente (incluyendo, por tanto, a los deícticos), el **significado** puede ser de dos tipos.

En los deícticos se pretendía con el significante **designar** algo concreto; ahora, con los signos denominativos, se nos presentan significados que se refieren a algo **general**.

Al decir general estamos refiriéndonos a una **clase** de cosas en la que, se supone, entra todo aquello que tiene ciertas características comunes; pero además, con la clasificación, se prescinde de la categoría de presencia (que incluye las coordenadas espacio-temporales y la referencia al sujeto ante el que se presentan las cosas),¹⁶ precisamente aquella categoría a la que se referían los deícticos.

Es útil caer en la cuenta, además, de una distinción clásica; las **clases de cosas** a las que se refieren los signos denominativos, dependiendo de las características mediante las que se determina, pueden ser de dos tipos: si éstas son **sensibles** (formas, tamaños, colores, olores, etc.) se dirá que el significado denominativo es una **imagen**; si son características más intelectivas, se dirá que el significado denominativo es un **concepto**.

Un ejemplo puede clarificar las cosas: el significado de la palabra 'pez' suele ser con frecuencia una **imagen**. Si al estar entrando en el mar, alguien me avisa que hay muchos 'peces' en el agua, y luego veo que son tiburones, me sentiré engañado. Yo me **imaginé** que eran pececillos de colores; ellos son para mí, desde el punto de vista de la imagen, los verdaderos pececillos. El tiburón, imaginativamente, no es el pez típico, sino que pertenece más bien a la clase de las 'fieras' (cuyo elemento más importante para mí es una boca grande llena de dientes agudos), clase a la que también pertenecen el tigre, la víbora, la araña, los ogros, los dragones, etcétera.

La **imagen** se emparenta directamente con los recuerdos de lo percibido y, en consecuencia, no se aplica por igual a todos los objetos a los que se extiende esa palabra, sino a unos más que a otros; es una referencia diferenciada, que tiene como destinatario principal un conjunto determinado de objetos (esos que formaron el recuerdo y todos los que percibimos como iguales a ellos), pero que se refiere secundariamente también a otros en la medida en que se **parecen** sensiblemente a los primeros.

El significado de la palabra 'pez' no es siempre, sin embargo, una imagen. El que avisó sobre la presencia de 'peces' en el mar, refiriéndose a los tiburones, hablaba con toda propiedad desde el punto de vista de los **conceptos**. El concepto de 'pez' se define más o menos así: "animal vertebrado, que respira por bráqueas y se reproduce por huevos"; y en este sentido, es igualmente 'pez' el tiburón que la anguila, el pez espada o la merluza; en ese sentido, la ballena y los delfines no son peces, sino mamíferos, como la vaca o el murciélago.

En un **concepto** se supone que el significado se referirá exactamente por igual a todos los objetos a los que pueda extenderse esa palabra; normalmente

un concepto se puede definir mediante notas que, a su vez, deben ser algo definible; se entra así en un proceso de definiciones potencialmente indefinido, proceso en el que ya no se habla de los objetos concretos, sino de las clases de objetos que hemos establecido; las palabras empiezan entonces a referirse sólo a otras palabras, dentro de lo que se llama un 'metalenguaje', es decir, un lenguaje de otro nivel, de otro tipo lógico. Sólo si se reconoce algún tipo de intuición intelectual, como hace la fenomenología, se puede detener este proceso indefinido.

Las connotaciones

Para concluir con la descripción del significado denominativo, hay que añadir algo sobre las **connotaciones**, pues éstas son un fenómeno que se presenta junto al primero con demasiada frecuencia.

La **connotación** de las palabras es algo que se presenta junto al significado denominativo, pero sin añadir ninguna característica nueva que defina la clase de objetos al que éste se refiere; lo que **dice** la connotación es como un coloreado del significado denominativo; éste y, en consecuencia, la palabra e, incluso, quien la usa, quedan como teñidos de algún matiz de tipo valorativo. Los diccionarios apenas pueden dar cuenta de estos sentidos: advierten sí, a veces, que es una palabra 'malsonante', 'poco usada', pero apenas más.

Algunos ejemplos ayudarán a comprender el *quid* de las connotaciones.

Todos los idiomas tienen 'palabrotas', palabras que una persona educada no debe utilizar, aunque no sean desconocidas para nadie. Las palabras malsonantes suelen referirse al aparato genital o al aparato excretor, y a las actividades relacionadas con ellos. Se equivocaría, sin embargo, quien quisiera encontrar la razón de la malsonancia exclusivamente en esa referencia a partes o actividades que el pudor suele encubrir; para referirse a esos mismos órganos o acciones se cuenta con palabras que no sólo no son malsonantes, sino que tienen prestigio académico (falo, proctología, glúteos, etc.); la malsonancia tiene un origen que no ha sido decidido conscientemente por nadie, ni por tanto convenido formalmente. Muchas y sutiles percepciones de los hablantes, entre las cuales no deja de tener importancia el hecho de que estas palabras clasifican a las personas que las usan,¹⁷ son las que convierten a determinadas palabras en malsonantes. Usted y yo, lector, podemos convenir en llamar a tal mueble 'mesa de luz' o bien 'mesilla de noche', pero no podemos convenir que, por ejemplo, nos suene en adelante mal la palabra 'falo' y pase, en cambio, a sonarnos bien cualquiera de sus sinónimos, hasta ahora malsonantes.

Pero son muchas otras las palabras que están más o menos cargadas de

tonos de cierto calibre. 'Comenzar' en muchos ambientes resulta una palabra ligeramente más fina que 'empezar'; 'lindo' es una palabra bastante cursi en casi toda España y, sin embargo, se tiñe de connotaciones muy amables en el Río de la Plata; hace años solía ser normal ver 'burros' en los pueblos castellanos, pero hubiera sido demasiado exquisito llamarlos 'jumentos' o, incluso, 'asnos'; los diversos diminutivos muchas veces no denominan nada 'pequeño', sino que connotan cariño, desprecio, etc. Los ejemplos pueden aportarse por centenares, pues las peculiaridades de sentidos connotativos en los diversos círculos que hablan un mismo idioma son mucho mayores que las que podemos encontrar en los significados denominativos.

La connotación no pertenece al significado como una **nota** nueva añadida a las que definen la clase de objetos a la que se refiere el signo; pues a pesar de connotaciones muy diferentes, se consideran sinónimas todas las palabras que tienen el mismo significado denominativo. No pertenece al significado, pero tampoco puede vivir una vida propia, independiente del significado.

Además conviene insistir en que las connotaciones parecen ser mucho menos convencionales que el sentido denominativo, mucho menos dominables por nosotros, y más características de nuestro grupo social.

El neopositivismo

Terminado este intento de descripción de los signos, es conveniente aludir a una corriente filosófica que hizo bandera de los signos **unívocos**, es decir, el **neopositivismo**, y que tuvo una vigencia tan extraordinaria en la primera mitad de nuestro siglo; tenían como lema algo así como "un solo significante para un solo significado". Querían introducir corrección en el lenguaje informativo, aquel que pretendía referirse a la realidad, es decir, aquel que cumple lo que Jakobson llama 'función referencial' del lenguaje. Para tener un lenguaje informativo correcto había que evitar toda **anfibiología** del lenguaje, es decir, todos los usos de signos que pudieran tener una 'doble vida'; éstos serían signos **equívocos**, en los que un mismo significante se refiere a dos significados distintos: 'León', por ejemplo, es un nombre propio de varón, nombre propio de una ciudad, nombre propio de un golfo, y, además, se refiere a una especie de mamíferos...

También ésta era una filosofía **analítica**, que pensaba poder descomponer a la totalidad en sus elementos, sin que sufriera ningún menoscabo. Había, sin embargo, un punto demasiado extraño del que no podían dar razón: ¿por qué el lenguaje humano es tan persistente en complicar las propias convenciones, si eso es en verdad un obstáculo para la comunicación?

Este punto es demasiado extraño por la amplitud que alcanza; la 'doble

vida' se da ya en los signos que se refieren a imágenes, porque no pueden definirse adecuadamente y porque no se refieren de igual forma a todos los individuos de la misma clase; se da también en todos los desplazamientos y cambios de significado de los que más arriba se habló; se da también en las connotaciones, puesto que introducen una apariencia de diversidad en lo definido estrictamente igual. Y falta todavía por considerar el símbolo, la más extensa y fecunda de las 'dobles vidas' de nuestro lenguaje.

Antes de entrar en ella, se comenzará por describir una complicación de los signos que no parecería traer consigo ningún tormento a los neopositivistas; es el mundo de las cifras, la *galaxia Gutenberg*.

El mundo de las cifras

La cifra es una manera relativamente sencilla de complicarse el signo. Partiendo de un signo previo, en la cifra se asocia convencionalmente el significante primitivo con un **nuevo significante**; se constituye así una relación mediata y doblemente convencional entre ese nuevo significante y el antiguo significado; el antiguo signo queda, pues, **cifrado** y, para ser entendido, tendrá que ser sometido a un proceso de **desciframiento**.

Es decir, en la cifra hay dos significantes, vinculados entre sí convencionalmente: el segundo significante, mediante la nueva convención, sustituye al primero (que no desaparece, pero queda en segundo plano).

Y el que la relación entre significante y significado en la cifra sea una relación **mediata** quiere decir lo siguiente: el nuevo significante convenido sólo llega a significar al significado mediante su relación con el significante original, que queda latente.

Quizás la cifra por antonomasia sea la escritura fonética, tal como la inventaron los fenicios. En ella cada fonema es sustituido por un grafema. Cuando escribimos la palabra 'queso', lo que se refiere a esa clase de cosas que llamamos 'queso' no es el conjunto de sonidos propio del castellano, sino un conjunto de dibujos, en el que cada elemento de ellos sustituye a un elemento sonoro. Mientras el que lee un texto esté imaginando los sonidos del idioma, estará descifrándolo.

Puede ocurrir, sin embargo, que el significante originario, puesto inicialmente sólo en segundo plano, desaparezca por completo; entonces deja de ser cifra y pasa a ser un signo normal. En idiomas donde ha habido grandes cambios fonéticos que no han sido seguidos por la escritura, ésta se ha apartado mucho del idioma hablado, y han ido desapareciendo las reglas de conversión entre significantes; habrá entonces quien, a semejanza de los lectores sordomudos o del que lee los algoritmos matemáticos, pueda entender el idioma escrito sin

apenas referencia al hablado; leer ese texto, entonces, no será ya 'descifrar'; el significante se refiere inmediatamente al significado.

El cifrado puede reduplicarse con facilidad; así, por ejemplo, el código Morse es un cifrado de las letras escritas, no del habla; y los impulsos eléctricos transmitidos por el cable son, a su vez, un cifrado de los puntos y rayas del código Morse.

Como en la cifra la relación convencional se da entre significantes, que son objetos externos, el descifrado es una tarea muy sencilla a partir de códigos más o menos unívocos y esa tarea, en realidad, puede llegar a hacerla una máquina.¹⁸

Ahora se comprende que la teoría de la comunicación, con cuya crítica comenzó este trabajo, es válida sólo para **descifrar** mensajes; se detiene en las relaciones entre significantes y su aplicación no puede llevarse más allá; por eso, aunque explícita de entrada que el mensaje es algo que se refiere a otra cosa, se olvida en seguida de lo dicho y pasa a identificar al mensaje con 'lo referente'; el emisor, dice, tiene que hacer llegar el mensaje al receptor y, para ello, lo codifica, lo transmite, se decodifica y se recibe. Se olvida de que sólo se puede trasladar lo material (lo referente), y que lo que se codifica, transmite, decodifica y recibe es siempre un significante; a partir de él, en el destino, hay que reconstruir el mensaje, **leyendo** lo referente y **comprendiendo** en él lo referido.

Pero lo misterioso para cualquier filosofía analítica y objetivista es que ni siquiera el cifrado de mensajes es aséptico. Con el invento de la escritura (ideogramas y jeroglíficos) comienza la **historia**, es decir, un nuevo tipo de memoria colectiva que irá identificando a los pueblos; hay quien, además, relaciona el invento de la escritura silábica o fonética con la asombrosa floración de personajes que hubo en el mundo entre el siglo VI y el IV a. C.: Zoroastro, Buda, Lao Tsé, Confucio, Isaías, Jeremías o Sócrates serían una muestra de la nueva y más rica conciencia que surgió de la nueva manera de cifrar los mensajes. Y Gutenberg, haciendo accesibles los libros a una capa mucho más amplia de gente, extiende esta revolución al pueblo en general, estando en la base del mundo y el hombre **modernos**; el libro impreso, por ejemplo, hace posible la reforma luterana con su pretensión de **libre examen** de la Biblia, que con la imprenta está ya materialmente a mano. Los diversos aparatos contemporáneos que, mediante un cifrado oportuno, facilitan la transmisión de mensajes a distancia (telé-grafo, radio, telé-fono, tele-visión), crean el saturado hombre **posmoderno**¹⁹ y su mundo.

¿Qué es lo que ocurre? *El medio es el mensaje*, como dijo McLuhan, porque re-crea el mensaje; quien dispone de la escritura puede no sólo enviar sus mensajes más allá en el espacio (cartas) y en el tiempo (historia), sino que puede elaborarlos de muy diferente forma.

Pero hay algo mucho más importante. Al reelaborar los mensajes mediante la escritura, el ser humano puede meditar de forma distinta, puede re-crearse más ampliamente. La escritura es como una prótesis de la memoria: la amplía extraordinariamente; en adelante se puede escribir cualquier cosa y recordarla al cabo del tiempo sólo con sacar un papel del cajón. Partiendo del signo, y con una complicación que parecía muy sencilla, surgen hombres nuevos y mundos nuevos.

Así pues, ni siquiera el cifrado puede ser comprendido de un modo meramente analítico; aunque pretenda afectar sólo a los significantes, transforma también los significados, y al mismo sujeto que lo usa. De nuevo la totalidad muestra ser más que la suma de los elementos.

El mundo humano, un mundo simbólico

La complicación más importante del signo se da cuando surgen los **símbolos**.

Se puede reservar el término de **símbolo**²⁰ para aquella unidad semántica que se constituye, como la cifra, también a partir de un signo, pero en la cual ahora es el significado convenido el que se asocia con un **nuevo significado**; la relación entre el significante y el nuevo significado es, como en la cifra, una relación mediata, pero esta vez ello no es debido a una convención que sustituye un significante por otro, sino a una decisión del autor del símbolo, que pretende revelar de alguna manera, mediante tal asociación, un nuevo significado.

Así pues, en el símbolo hay, como en la cifra, una nueva vinculación por uno de los extremos del signo; pero, al contrario que en la cifra, en lugar de vincularse el significante con otro nuevo significante, se vincula el significado con un nuevo significado; si allí había dos significantes (uno patente y otro latente) para un solo significado, aquí habrá un solo significante y dos significados. Y así como en la cifra los dos significantes permanecían vinculados en la acción de significar, en el símbolo lo van a estar los dos significados; el primero queda como atrapado por el segundo, y éste llega a ser revelado, expresado creativamente, sólo mediante su asociación con el primero.

Un ejemplo ayudará a comprender esta estructura. Cuando Jorge Manrique dice *"Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir"*, está empleando palabras españolas; es decir, una convención que se presenta como unívoca y que está codificada en un diccionario oficial; cada una de las palabras utilizadas supone un significado convenido.

Sin embargo, Jorge Manrique da un paso más allá de esta convención. Sólo en un primer momento, 'río' y 'mar' significan dos clases de aglomeraciones de agua; en un segundo momento el autor realiza un trabajo personal suyo e,

infringiendo de frente la convención, asocia estos significados convencionales con otros que parecerían no convenientes. Surge así algo nuevo, y el milagro es que resulta comprensible.

¿Qué técnica se emplea para infringir la convención? El autor pone en contacto dos campos semánticos que convencionalmente estaban completamente separados; en efecto, en el diccionario, 'vida' y 'muerte', con su antonimia, forman un campo que tiene que ver con la biología; nada lo une en principio con el campo que contiene a 'río' y 'mar', que pertenece a la geografía. Al unir esos dos campos mediante la palabra 'ser' ("*nuestras vidas son los ríos...*") está como negando el 'no ser' de la convención (las vidas **no son** ríos); es decir, está negando la distinción en que se basan las definiciones convencionales. Es esta distinción, **negada**, la que da una afirmación que adquiere una enorme riqueza:

*"...Allí van los señorfos
derechos a se acabar
y consumir.
Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
en llegando son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos".*

El poeta ha realizado una operación contraria a la convención; donde la convención definía, distinguía, él muestra una unidad que la convención había dejado al margen. Por eso la ruptura de la convención no resulta en una destrucción sino en una especie de revelación.

Cuando esta revelación entra en el proceso comunicativo, se dijo más arriba que resulta algo parecido a un milagro. ¿Por qué? El proceso poético se realizó mediante una decisión que es, en cierto sentido, una ruptura con el 'nosotros', una pura creación personal del poeta; ¿cómo resulta entonces inteligible? El hecho, sin embargo, es que el intérprete **puede recrear el sentido** creado por el poeta. Esto tan sorprendente, que no puede ser debido a una convención previa, porque precisamente el símbolo rompe con la convención, tiene entonces que provenir de algún tipo de comunidad 'natural' (no convenida) entre el poeta y el lector.

Aparece entonces, de nuevo, la 'naturaleza' de la que tanto nos habíamos alejado desde el primer momento de la señal; pero aparece ahora también recreada. Es ya una naturaleza en la que la distinción y la unidad se dan como fundidas, tanto en el polo subjetivo como en el objetivo, revelando un 'ser' que puede decirse de diferentes formas, y una lógica nueva que ya no sigue las leyes de la lógica digital.²¹

Resumen

En este artículo se contrastan dos alternativas para la comprensión de los procesos de comunicación humana: la que ofrece la visión científica desde su método analítico, y aquella que se basa en la socialidad humana vista en una perspectiva global. La teoría analítica, propia de las ciencias "duras", resulta productiva aplicada a ciertos medios de comunicación, sobre todo los más sencillos, pero fracasa a la hora de comprender los procesos de comunicación humana: en primer lugar, porque el proceso subjetivo es diferente del proceso objetivo, y en segundo lugar, porque en el proceso subjetivo se da una profunda imbricación entre todos los factores, que dejan, por tanto, de ser "elementos". El autor postula que, para comprender el lenguaje humano y, consiguientemente, la esencia de nuestro ser culturales y corpóreos, el camino es la reflexión sobre la globalidad del discurso. En orden a ello, explora el mundo de la referencia, tanto natural como convencional, hacia un referido, natural o construido.

Notas

- ¹ "La ciudad —dice— es por naturaleza anterior a la casa y a cada uno de nosotros, ya que el conjunto es necesariamente anterior a la parte; pues si se destruye el conjunto ya no habrá ni pie ni mano, a no ser con nombre equívoco, como se puede llamar mano a una de piedra; eso será como una mano sin vida" (Política, I, 2).
- ² Esta teoría surgió hace medio siglo, a partir del trabajo de Shannon, y ha ido siendo ampliada y corregida (cfr. Watzlawick-Jackson-Helmick: *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Tiempo Contemporáneo).
- ³ Es común llamar 'referente' a aquello a lo que se refiere el mensaje, pero 'referente' tiene forma de participio activo, como 'estudiante', 'significante', etc.; se está cometiendo un error similar al que cometería quien llamara 'estudiante' al libro que tiene en sus manos quien estudia. Si se quiere respetar la idiosincrasia del idioma, hay que llamar referente a aquello que se refiere a algo, como llamamos 'estudiante' a aquél que estudia algo y 'amante' a quien ama a alguien; y llamar, en cambio, referido a aquello a lo que se dirige la referencia, como llamamos 'amado' a aquél a quien se dirige el amor del amante.
- ⁴ Cfr. R. Jakobson: *Essais de linguistique générale*, París, Minuit, 1963; y R. Jakobson y M. Halle: *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ciencia Nueva, 1972.
- ⁵ B. Pottier: *Diccionarios del saber moderno. El lenguaje*, Bilbao, Mensajero, 1985, p. 290.
- ⁶ Quizás la dificultad que ha sido detectada en la teoría de la comunicación, la que la lleva a tener en cuenta contextos, secuencias de relación, metamensajes e identificaciones entre el medio y el mensaje, tiene su fundamento en la confusión entre los dos procesos comunicativos, el objetivo y el subjetivo. Quizás para el proceso objetivo no sean necesarias tales complicaciones, y para el proceso subjetivo, como se ha visto, no son suficientes.
- ⁷ Los lógicos, por ejemplo, llaman símbolo a lo que en la terminología de P. Ricoeur sería un signo; E. Cassirer (cfr. *Antropología Filosófica*, FCE, México, 1945) incluye dentro del símbolo todo lo que se refiere convencionalmente a algún significado; K. Jaspers (en el libro *Filosofía*, aparecido en el año 1932 y publicado por *Revista de Occidente*, Madrid 1958; cfr. también *La fe filosófica*

ante la *Revelación*, Madrid, Gredos, 1968) llama 'cifras' a lo que nosotros llamaríamos símbolos, etc. Pierre Guiraud (*La Semiología*, en Pottier: o. cit., pp. 513 s.) dice que "todo es signo, y en consecuencia, todo puede someterse a un análisis semiológico. Así, por ejemplo, los animales se comunican: se intercambian signos; [...] También se comunican las máquinas: el termostato de una caldera controla la combustión, y a su vez está controlado por la temperatura ambiente [...] La cibernética o ciencia de las teorías relativas a las comunicaciones y a la regulación en la máquina, tienen perfecto derecho a encuadrarse en la semiología". Nosotros, a quienes, en profundo desacuerdo con Paul Guiraud, nos parece de vital importancia distinguir los conceptos, usaremos los términos en el sentido que toman en Paul Ricoeur (cfr. *Freud. Una interpretación de la Cultura*, México, Siglo XXI, 1970), añadiéndole algún matiz peculiar nuestro (sobre todo cuando hablamos de 'cifras' e 'iconos').

- Estos términos de conciencia directa y refleja pertenecen a la filosofía clásica; el primero se refiere a 'ser consciente de algo' (un dolor, por ejemplo) y el segundo a 'ser consciente de que se es consciente'; de que se es, es decir, de un yo distinto del objeto. Freud dice que lo inconsciente es aquello que no ha alcanzado nunca conexión con la palabra, o que, mediante la represión, ha perdido este contacto; sacando la conclusión lógica, habría que decir que el psiquismo animal es todo inconsciente: lo inconsciente y la conciencia directa se identificarían, así como lo consciente de Freud se identificaría con la conciencia refleja.
- Se ha preferido emplear la terminología tradicional, ante la variabilidad de la terminología más técnica. Según aquella, 'caminaré', por ejemplo, tiene un radical ('camin-') que es lo que puede ser definido; y a este radical se le añaden dos desinencias (-ar- y -é) que, respectivamente, indican su pertenencia a la clase de los verbos (es decir, referirse a una acción) y las coordenadas temporales y personales de esa acción (-é indica primera persona y futuro). Los círculos franceses de lingüística, influidos por Vendryes y Meillet, llamaban a estas desinencias 'morfemas', y a los radicales 'semantemas' porque daban el sentido de la palabra; más tarde se prefirió decir 'lexema' en lugar de 'semantema'; pero cada vez más ha ido reconociéndose como ineficaz una diferencia basada en la semántica; si sólo se atiende a la morfología, como hace el círculo de Praga, el morfema sería "la unidad morfológica no susceptible de una ulterior descomposición en unidades menores" (G. R. Carmona: *Diccionario de Lingüística*, Barcelona, Ariel, 1991, p. 187).
- ¹⁰ De nuevo aquí esta expresión paradójica podría traducirse a la terminología clásica diciendo que, mediante la palabra, se pasa de la conciencia directa a la conciencia refleja.
- ¹¹ Todo esto plantea un problema irresoluble: ¿qué está antes, la percepción o la palabra? Por lo menos se puede afirmar con seguridad que cualquiera de las dos alimenta a la otra.
- ¹² Uno de los esquemas gestuales más claros es el movimiento vertical de cabeza para asentir y el horizontal para negar; quizás el primero esté relacionado con el agachar la cabeza, que es una señal de sumisión.
- ¹³ El padre Arrupe (cfr. P. Arrupe: *Ese Japón increíble*, Bilbao, Mensajero, El Siglo de las Misiones, 1959), por ejemplo, nos da testimonio de su inicial extrañeza ante la importancia que para los japoneses tiene la caligrafía o la ceremonia del té. Nosotros, que no tenemos oportunidad de entrar en esos mundos que se le abrieron a él, leyéndolo permanecemos extrañados, sin adquirir otra cosa que la conciencia de nuestro extrañamiento.
- ¹⁴ Si se quiere conocer la extraordinaria complicación de nuestro aparato fónico y la correspondiente variedad de sonidos que podemos emitir con él, véase Thomas-Bouquiaux-Cloarec-Heiss: *Iniciación a la Fonética* Madrid, Gredos, 1986 (1ª ed.: 1976), especialmente la figura 2 de la página 19 y los cuadros A y F de las páginas 255 y 261 respectivamente. Sobre la evolución del aparato fónico y la consecuente evolución del lenguaje, cfr. Ph. Lieberman: *Un enfoque unitario de la evolución del lenguaje*, en V. Sánchez de Zabala (ed.): *Sobre el lenguaje de los antropoides*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 147-203, y también Ph. Lieberman: *On the Origins of Language. An introduction to the Evolution of Human Speech*, Nueva York, McMillan, 1975, pp. 173-175.

- ¹⁵ Por eso Martinet define el fonema como "el conjunto de las propiedades fónicas por las que, en una lengua determinada, un sonido se distingue de los demás sonidos como medios que sirven para diferenciar las significaciones de las palabras" (A. Martinet: *La description phonologique*, Ginebra-París, Droz-Minard, 1956; citado en Pottier: o. cit., p. 163). Las variantes no distintivas de un fonema (como ejemplos en castellano, la jota más aspirada o menos al pronunciar 'jamón'; la e más abierta o más cerrada al pronunciar 'perro', etc.) se llaman alófonos; lo notable es que la alofonía apenas es percibida cuando no sirve para distinguir significados.
- ¹⁶ Concreto, en cambio, quiere decir algo determinado espacio-temporalmente, algo que se da aquí y ahora; y, por tanto, también algo que se puede dar ante alguien.
- ¹⁷ Quien utiliza ciertas palabras se convierte en un 'ordinario'; aunque también es probable que, si la gente 'ordinaria' dijera frecuentemente falo, tal palabra pasara rápidamente a la categoría de palabrota, de la misma manera y por razones similares a las que hicieron de 'retrete' una palabra inconveniente.
- ¹⁸ Si las leyes de transformación entre sonidos y letras (entre fonemas y grafemas) volvieran a ser perfectamente unívocas, se facilitaría enormemente la elaboración de programas de computadora que pudieran escribir lo que se les habla. Y si entre los idiomas no hubiera diferencias de significados y sólo existieran palabras unívocas, no sería difícil construir programas que realizaran traducciones simultáneas.
- ¹⁹ Cfr. Kenneth J. Gergen: *El yo saturado*, Barcelona, Paidós, 1992.
- ²⁰ Originariamente el 'símbolo' era un fragmento de plato que el soldado llevaba consigo cuando partía a la guerra; el otro fragmento quedaba en la familia. El futuro reconocimiento del que se había separado de la familia dependía de la posibilidad de reunir los dos fragmentos. De esta forma, el sím-bolo 'pasaba (*ballo*) uniendo (*syn*)'; es el movimiento contrario al realizado por el '*dia-bolo*'.
- ²¹ La tarea de interpretación tiene, sin embargo, que superar un riesgo. El nuevo significado se nos presenta como una revelación de lo inefable, de lo que el símbolo no sería sino una expresión mediata y también una aproximación inadecuada; pero, ante esta pretensión, es legítima la sospecha: ¿no estará el símbolo intentado más bien disfrazar algo? Paul Ricoeur ha hablado del 'conflicto de las interpretaciones'; junto a la escucha confiada de lo que se presenta como inefable, revelado mediante el símbolo, existe la pretensión de 'desvelar' lo que no es más que un disfraz de algo que se oculta, que no es nada especialmente profundo, pero que de ninguna manera queremos confesar. Este fue el programa de Marx, Nietzsche y Freud, los 'maestros de la sospecha'.